El Financiero

Fecha	Sección	Página
15.12.2008	Política	42

Indicador Político

Carlos Ramírez

■ Grecia-México: rompan todo

■ Violencia de CNTE y mineros

La tarde en que los grupos de jóvenes de Grecia lanzaron bombas molotov contra la policía e incendiaron a dos miembros del grupo antimotines, el periódico *El País* registró la declaración de un *chaval* disidente:

—No tenemos **nada que perder**. ¿Qué importa lo que queramos?

Por eso las hordas juveniles que protestaban contra la **violencia** policiaca en un operativo y la muerte de un compañero utilizaron la misma **violencia** para no sólo protestar sino pedir el desmoronamiento del régimen político. Los dos policías quemados pudieron haber **muerto**.

En México, los maestros disidentes de la Coordinadora y los mineros azuzados por Napoleón Gómez Urrutia han pasado a la fase **violenta**: ya no se trata sólo de protestar en las calles sino de **chocar** contra la policía. La semana pasada, los mineros **hirieron** a policías. En Oaxaca, la APPO, fortalecida por los maestros de la Sección 22 y por grupos guerrilleros, entre ellos Lucía Morett ya ligada al EPR, no nada más protestaron contra el uso **represivo** de la policía por el gobernador Ulises Ruiz, sino que se fijaron el objetivo de **derrocar** al gobierno e instaurar una **comuna** revolucionaria.

La protesta social se ha convertido en **antisistémica**; peor aún: se ha fijado objetivos eminentemente revolucionarios. Pero el uso de la violencia social suele ser **negativo** y contraproducente si no va de la mano de una acción política institucional. Al carecerse de una propuesta **alternativa** y de desdeñar el camino de las instituciones por ser iniciativas minoritarias, entonces la violencia **no** sigue las pautas políticas —ni siquiera revolucionarias— sino que se agota en el mero uso de la violencia **anarquista**. Los maestros defienden privilegios y llevan a la calle una disputa sindical que han perdido, y los mineros simplemente escalan la violencia para defender a su líder acusado de fechorías, corruptelas y **maniobras** sólo defendidas por la estructura partidista y política del PRI.

En este contexto, la violencia política **sin** una agenda de cambio institucional se convierte en violencia **fascistoide**, en la violencia para imponer voluntades parciales, minoritarias. La entronización del fascismo en Argentina comenzó con la polarización social: de un lado, las fuerzas del orden pasaron —como en los tiempos del PRI, que hoy se quieren **ocultar**— a la lucha clandestina criminal contra la disidencia radical; pero de otro, la sociedad radicalizada entró en la etapa del **"rompan todo"**, sin explorar los caminos vigentes del cambio social institucional.

La crisis, por tanto, **no** es del gobierno sino del sistema político. La alternancia partidista en la presidencia de la República se **desvió** del camino de la transición a la democracia. Un poco, ciertamente, por la **ausencia** de una propuesta de transición por parte del PAN; pero mucho, sobre todo, por el bloque de **resistencia** al cambio del PRI y de sus primos hermanos del PRD. Es decir, la violencia política y social, incluida la del crimen organizado, tiene su **origen** en el hecho de que las instituciones del viejo régimen priista no han cambiado —**no** han dejado que cambien— frente a una recomposición activa de la sociedad.

La violencia de la CNTE y de los mineros es apenas la **superficie** de una resistencia al cambio en la organización de los sindicatos. La estructura laboral vigente es **hija** del sistema priista corporativo que organizó a los trabajadores como apéndices del gobierno y del régimen, a cambio de **permitir** una estructuración de liderazgo corporativo para el sometimiento de los trabajadores: los líderes de la CNTE son **peores** que los del SNTE, Gómez Urrutia recibió el sindicato como **herencia** de su padre —casi 50 años como líder de mano dura y represiva— y sin haber trabajado **nunca** en una mina, y el dirigente de la lucha contra toda reforma laboral, el dirigente telefonista Francisco

Hernández Juárez, derrocó a Salustio Salgado en 1976 por **eternizarse** en el liderazgo; el propio Hernández Juárez lleva ya **32** años como líder único de los telefonistas. Este modelo es el que se **protege** en las calles.

La violencia social de organizaciones sindicales es producto de una **disputa** por el poder —el liderazgo sindical— que en el régimen priista era decidido, avalado y sobre todo **sostenido** por el sistema PRI-gobierno o Estado priista. Pero la defensa de los intereses ha **escalado** la violencia: ahí está el movimiento de los *macheteros* de Atenco y el uso del machete como **arma** letal contra policías en sus protestas del pasado.

A la larga, la disidencia violenta debe tener apoyo social o saldrá, como siempre, **derrotada**. Atenco, Oaxaca, la CNTE y ahora los mineros han enarbolado la lucha, pero varios de ellos han terminado con la bandera pesimista de **"¡pre-sos po-lí-ti-cos, li-ber-tad!"** y la negociación **secreta** de aceptar la derrota a cambio del retiro de las órdenes de aprehensión o de la liberación de sus líderes.

Lo malo es que la derrota de los movimientos sociales violentos **no** representa la victoria del Estado sino paradójicamente revelaría su debilidad. El camino intermedio es el de **transitar** a un sistema democrático de instituciones. Y ahí se localiza la falta de rendimiento del gobierno de Calderón: un gobierno **sin** oferta de transición ante una insurrección de instituciones populares priistas que quieren **mantener** privilegios y que estarían en la lógica política de sobrevivir para esperar el **regreso** del PRI a la presidencia de la República... y al pasado.

Lo grave es que del DF a Atenas hay un **pequeño** paso.

*Lo malo es que la derrota de los movimientos sociales violentos **no** representa la victoria del Estado sino paradójicamente revelaría su debilidad frente a una recomposición activa de la sociedad*